

¿Se acuerda, papá?

Ramón Pineda

Periodista, docente, callejero, elfadehomero@gmail.com

No sé por qué estoy así de tranquilo. Hace rato que dejé de creer en los fantasmas... pero sé que usted anda por ahí. Tal vez quiera saber como se ve este mundo en su ausencia. Tal vez está juzgándonos, juzgándose. Debería sentirme culpable, papá. Yo aquí, desnudo, anudado a ella, en esta cama ajena, en este cuarto cómplice. Y usted allá, muy acompañado, pero ido.

Me dan tedio las salas de velación. No quería ir, para llorarlo no era necesario acercarme al ataúd, estar al pie de ese cuerpo por el que la sangre ya no circula, ¿para qué mirarlo a esos ojos que ya no miran? No, papá, usted no es el de ese cajón rodeado de flores y de gente. Estar muerto no es tan sencillo... Mañana me pondré algo blanco. Voy a llorar, pero también estaré contento.

Gracias, papá, por permitirme estar con Laura esta noche. Me creí incapaz de hacerlo. Apareció en la época en que usted comenzó a apagarse. Ahora tengo miedo a vivir lo que seguirá después del entierro. Tan melodramático que soy, suelo pensar que amar me cambiará la vida. Si pudiera sentirla siempre cerca, como ahora, pero no será así.

No es mujer de un solo hombre, de una sola historia. No se le pide quietud al viento. Lo supe ese día que salió corriendo por el centro, sin fijarse en los carros y en los rostros que la miraban sin entenderla. Si la hubiera visto, papá. Ella toda histriónica, recitando que cinco Lauras la habitaban, que nunca había logrado conciliarlas, que esa noche, la víspera de su cumpleaños, lo único que necesitaba era una terraza donde ver el amanecer del que quería fuera el primer día de su nueva vida. Pero no lo vio. Antes de que el sol saliera, de tanta adrenalina, de tanto trago, se quedó dormida. Despertó al mediodía.

Sí. Debería sentirme culpable. En el velorio mis hermanos resistiendo el sueño, recibiendo pésames, atendiendo a los asistentes, recordando pequeñas cosas de usted, de su agonía. Es más duro para mamá. "No es lo mismo, mijo", me replicó esta mañana cuando la abracé y le dije que no iba a estar sola, que ahí estábamos nosotros. "No es lo mismo, mijo, ustedes son mis hijos, pero él era mi marido". Ahí le cuento, papá.

Qué se me iba a ocurrir que hoy dejaría de ser virgen. Suena raro, pero sí, los hombres también tenemos nuestra primera vez. ¿Y usted papá,

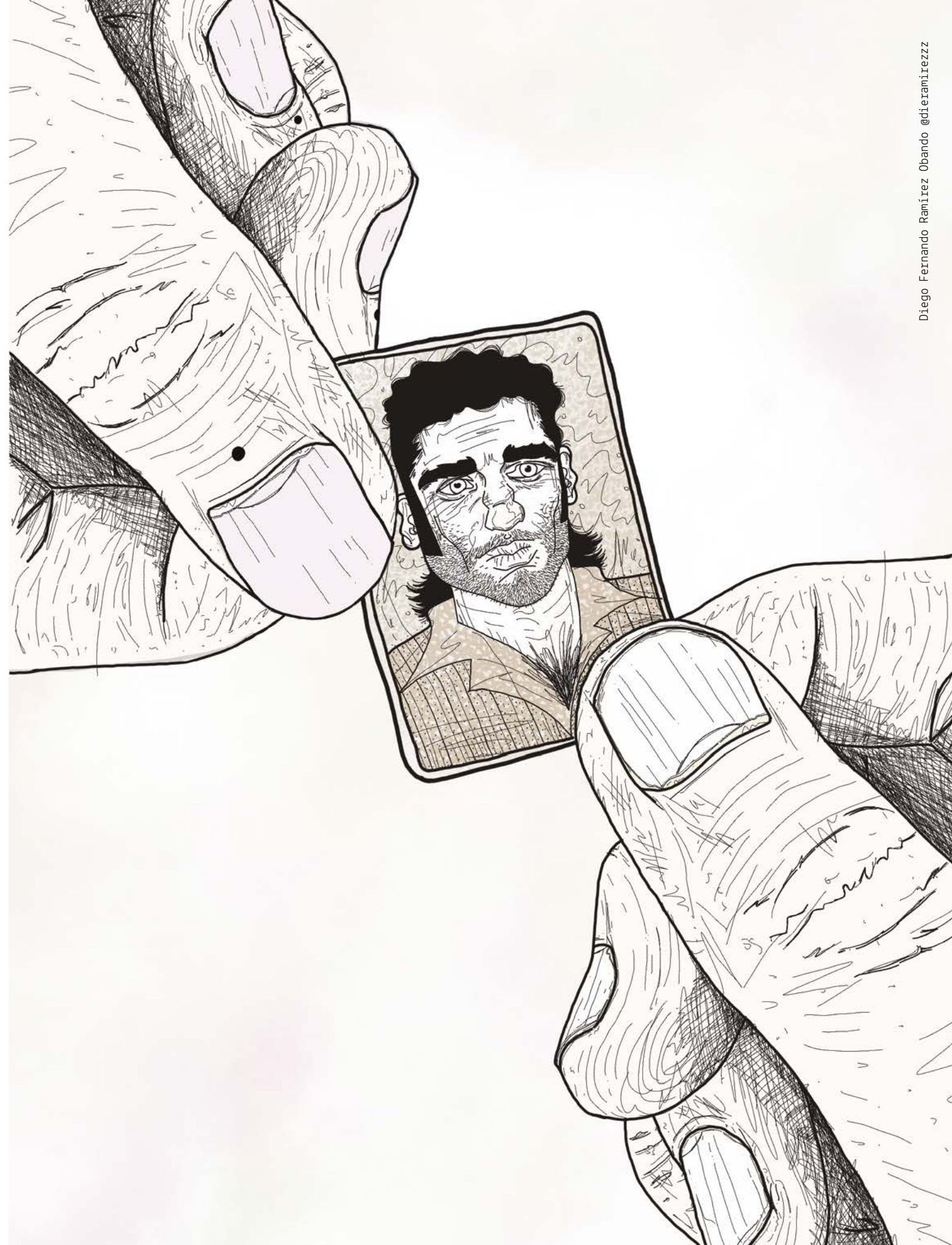
con quién la perdió? No creo que haya sido con mi mamá. Tenía 35 años cuando la conocí. ¿Con quién fue? Qué poco sabemos los hijos, ¿no? Seguramente fue con alguna muchacha de cantina, en esos pueblos y caminos que decidió recorrer desde que se fue de la casa a ganarse la vida. Si lo estoy calumniando, avíseme, jálame las patas, quítame las sábanas. Muchas veces quise saber por qué un campesino como usted se casó tan viejo. ¿Será que en el fondo nos parecemos, y le podían más las ganas de andareguear que de tener un hogar fijo? O ¿es que estaba esperando a mi mamá?

Es que es raro, usted a esa edad, metido en una escuela, aprendiendo a leer y a escribir. Y ahí ella, diez años menor, enseñándole. La profesora se enamoró, seguramente de esas manos a las que les enseñó a garabatear el abecedario y que luego, con más firmeza, se aventuraron a escribir algunas cartas apasionadas, como esa que usted le envió para decidir la fecha de la boda, esa que sus hijos encontramos rebujando papeles. A que usted no sabía que conocemos esa carta, que mi hermana Amparo la pasó a máquina y que todos tenemos una copia. Si todavía fuera de carne y hueso le notaría el sonrojo.

"Querida Mariela" así empezaba. "El lunes te esperé mucho, no sé por qué no viniste, te esperé tanto. Me dio una tristeza tan grande, que amanecí enfermo". ¿Se acuerda, papá?

Luego le decía que unas señoras le habían aconsejado casarse en octubre, que en noviembre es mejor no hacerlo porque las mujeres se ponen muy celosas y mi mamá sí que lo era. A la final la boda fue en diciembre, ¿cierto? No, no me conteste, que ahí sí me asusto. Con el susto que nos llevamos todos en la sala de velación es suficiente. Ese muchacho estaba sentado en la mesa al frente mío, creo que tomándose un tinto. Laura y yo vimos a los dos matones sacar las armas. No nos dio tiempo ni de espabilar. Esa cafetería es muy encerrada y los balazos sonaron duro. El sardino quedó listo, ahí tirado. Ni nos dimos cuenta qué pasó con los sicarios.

Una muerte sin nostalgias, sin oportunidades... si lo hubieran matado en otro lugar, o por lo menos en otro momento que no fuera su velorio, papá. La sangre, los gritos, la Policía... No me sentí capaz de continuar allí. Quedé como abobado. Gracias a eso estoy aquí. No vieron problema en que me



fuera para la casa. Me salvé de los rosarios. Por mi salud mental estuvieron dispuestos a sacrificar la integridad de familia que permanece unida en las honras fúnebres del jefe.

Qué se me iba a ocurrir que hoy haría el amor. *No quiero dormir en mi casa, allá no hay nadie, me da miedo*, le dije a Laura. Ella me entendió. Y aquí estoy, en la de ella, con su mamá en la habitación vecina y contenta de que su hija esté amaneciendo conmigo. “Desde que está con vos ella anda como más tranquila, menos acelerada, por lo menos anda con alguien de su edad y ha dejado esa obsesión por los hombres mayores. Es que esa muchacha no se halla en ninguna parte” me dice a cada rato doña Luz.

Y cómo va a hallarse, si desde el comienzo, la vida no le permitió tener raíces. Laura no conoció a su papá, se murió en un accidente once días antes de que ella naciera. Para colmo, él era el amante, no el esposo. Y su nacimiento y la verdad del adulterio llevaron a que el matrimonio de doña Luz se acabara. Dos años después llegaría otro esposo, pero igual, siempre fue la hija de nadie, la hija de un fantasma.

Laura y yo aprendimos a compartir nuestros secretos desde que nos conocimos hace ya un año en la universidad. No sé en qué momento nos miramos con deseo y, todos razonables, hicimos el trato de intentar enamorarnos, de ser una pareja. Ahí donde usted la ve, dormida, relajada, la muerte suya le ha dado duro, se le alborotaron los recuerdos de ese papá que nunca tuvo, que no ha podido reconstruir ni con la foto tipo cédula que logró robarle a la mamá de algún baúl. No más ahora estábamos viéndola y reconociendo que a pesar del engañoso blanco y negro, tienen los mismos ojos.

“Bueno, pero ya dejémonos de nostalgias, quítate esa ropa y dame un abrazo” me dijo mientras se desnudaba. No me pidió nada más, solo esperó mi decisión. Yo quería, ¿pero cómo hacerle eso a mi mamá, a mis hermanos? Usted propició este encuentro, ¿cierto? Me invitó en el día de su muerte a conocer, poro a poro, por primera vez, esas intimidades que hasta ese momento solo las había vivido en mi cabeza, en tantas novelas, en tantas películas...

En los últimos meses la vida nos cambió mucho, papá. De las repetitivas cantaleas sobre la fe en Dios y el buen comportamiento, quedan escenas borrosas. El tiempo todo lo cura, dicen por ahí. Ahora lo que más me habita de su presencia son sus meses de enfermedad. Ese hombre de cachaco, campesino, minero, electricista, conocedor de lugares y de gentes, con vozarrón y cuerpo amoldado a oficios de albañil, se ha ido quedando atrás y ahora tengo en la cabeza ese que fue perdiendo la capacidad de mantenerse en pie, que ya no podía salir solo de la casa, ese

hombre recluso en un hospital, que enflaqueció, que comenzó a quedarse en silencio... usted que se paraba en el corredor de la casa a conversar todo un día con los vecinos.

Me dolió, créamelo. Ese cáncer que le infló la barriga, su diarrea constante, el cuerpo en los meros huesos. Cómo nos cambia la vida, ¿cierto? El hombre orgulloso de su hombría, ese se fue, papá. Usted se buscó muy dentro al otro capaz de aceptar sin una queja su inutilidad. Cuando me preguntaban si lo quería, contestaba que “claro” pero con cierta reserva. Tuvo que llegar usted a ese estado de incapacidad para darme cuenta de que era verdad ese querer. No sé qué día fue, nadie estaba para bañarlo. Yo lo hice. La mano y el jabón recorriendo débil, medrosamente su cuerpo. “Por ahí también, no le dé pena” me dijo conciliante. En ese momento comprendí cuánto lo subvaloré, papá. Los dos nos creamos un abismo. Usted pensando que yo era torpe, demasiado delicado para ser su hijo, guardando cierta frustración porque no aprendí su oficio. Y yo renegando ante mis amigos de su autoritarismo, de su poca inteligencia.

Sé que de nada sirve que se lo diga ya, cuando no sé si me pueda oír, pero yo a usted lo quiero. Eso fue lo que le quise demostrar cuando decidí amanecer algunas veces en ese hospital público, sacrificando las noches que para mí son la mitad de la vida, sin importarme que al otro día tuviera clase de seis. Entendió mi lenguaje, ¿cierto? Por eso comenzó a requerirme para trasladarlo de un lugar a otro, cepillarle los dientes, acomodarle la almohada. Aunque mis hermanos estuviesen cerca, usted pedía que yo lo hiciera. En ese tiempo aprendí a bajar la cabeza. Fue raro darme cuenta de que necesitaba de su reconocimiento. Solía negar lo que me importaban sus regaños, cada opinión suya de mí. Mentira.

Su cuerpo no resistía una operación. Fue usted quien decidió renunciar a los médicos. Volver a casa era entregarse sin resistencia a la muerte. No sé qué imágenes le pasaban por la cabeza en esos momentos, pero creo que pensó mucho en su mujer, en sus hijos, las pruebas de su existencia, de que amó y fue amado. Ayer usted tenía los ojos vidriosos, los labios resecos. En su habitación un grupo de monjas y viejas rezanderas. Me enojé, ese montón de vecinos no tenían ningún derecho a irrespetarlo así, papá. Velarlo antes de tiempo. Sentí que le robaban el aire, su intimidad de agonizante. Por un instante usted pareció como despertar de la agonía, miró a mamá y sacando una voz que ya como que no le pertenecía susurró ese “Dios te salve, Mariela”. Así se despidió de ella.

Yo tenía la razón, usted se sentía incómodo con tantos rezos, esperó a que todas esas viejas se fueran. Como por acuerdo, en la casa quedamos los de la familia. “Me muero al mediodía”, advirtió usted la noche anterior. Di vueltas en la casa.

Pasaba de la sala a mi cuarto, o al baño o a cualquier otro lugar que no fuera su cama. No quería verlo morir, no. Era mejor huirle a esa imagen que quién sabe por cuantos años me perseguirá.

Me asomé. Lo rodeaban seis o siete de mis hermanos. Una de ellas, sentada a la derecha de la cama, le humedecía la boca con un algodón. A la izquierda, mi mamá, con sus ojos llorosos, como yéndose a la par que usted se iba. En ese instante se levantó y ese borde quedó desocupado. No sé por qué, di la vuelta y me senté allí. Ese era mi destino, ¿cierto? acariciarle la mano mientras usted, con los ojos mirándome, reprimía un gesto de dolor, el último movimiento de ese cuerpo de setenta y seis años. “Mi papá se quedó” gritó mi hermana. Sí, se quedó quieto para siempre.

“Me duele el alma” se quejó días antes de entrar en agonía. Que no le duela más, papá, no se preocupe. Usted ya cumplió. La casa no se va a caer, estoy seguro. Yo, el menor, veinte años cumplidos, me iré pronto. Por eso no le prometí quedarme para cuidar de mamá. No me lo puede reprochar, usted se fue de la casa cuando apenas tenía trece, permítame que se lo recuerde. Cómo nos cambia la muerte. Antes no habría podido decidirlo. Usted ha sido mi cómplice, lo sé, por eso no hay razones para sentirme culpable. Cuánto temor sentí al recorrerle, Laura, a que me vieras desnudo. ■